

EL HATO DEL ANTISANA

Segundo E. Moreno Yáñez.

Hacia 1585 el visitador de idolatrías Cristóbal de Albornoz, en su *Instrucción para descubrir todas las guacas del Pirú*, menciona al cerro "Andazana, guaca de los dichos quitos de la parcialidad Quinigui, es un cerrillo pequeño. Está en él una piedra pequeña" (Albornoz, 1989: 189). Con seguridad se refiere el



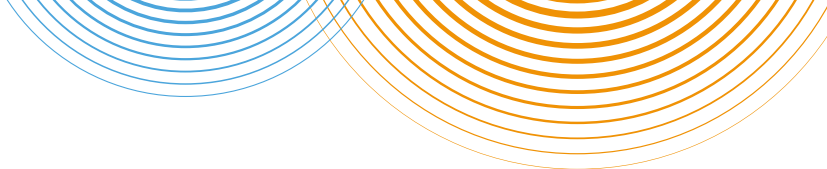
Fotografía del Hato del Antisana por Paul Grosser, 1902

visitador de idolatrías al volcán Antisana (5.756 m.): montaña nevada visible, hacia el Este de Quito, y que se encuentra, poco más o menos, en la línea del nacimiento del Sol durante el solsticio de diciembre. Como en otros casos, es difícil identificar la parcialidad "Quinigui" mencionada por Albornoz. No obstante, se debe aludir al topónimo "Quinibi-Urco": cerro perteneciente a la jurisdicción del pueblo de Píntag (Pérez Tamayo, 1960: 386). En este lugar quizás hubo un monolito, "pacarisca" o "huanca": verdadera piedra sacralizada como personificación de un antepasado mítico. (Cfr. Moreno Yáñez, 2018: 187-188). Según el *Vocabulario de la Lengua General de todo el Perú llamada Lengua Qquichua, o del Inca* (1608) de Diego González Holguín, el toponímico Antisana estaría relacionado con "Anta. Metal y cobre" y "Ante. La tierra de los andes" (González Holguín, 1989: 28 y 323), por lo que su significado explicaría la situación de la montaña al Oriente, en la región del Antisuyo y donde se encuentra cobre.

Desde el punto de vista geológico, el nevado es el remanente de un estrato-volcán, ubicado al Suroriente de la enorme caldera de Chacana, cuya edad pleistocénica alcanza casi los tres millones de años. En el complejo hay evidencias de continua actividad volcánica demostrada por enormes coladas de lava; la actividad más joven se encuentra hacia el Oeste y el Norte y está indicada por las coladas históricas del Antisanilla o Pinantura, y de Potrerillos que formó la laguna de Papallacta. Ambas corrientes se originaron desde grietas y parece que pertenecen al siglo XVIII (Hall, 1977: 54-58).

"El lugar habitado más alto del mundo"

Gracias a esta afirmación de Alexander von Humboldt, científicos y exploradores posteriores no han dudado en pernoctar bajo el techado pajizo del Hato antes de reconocer los glaciares del Antisana, e incluso con antelación al ascenso hasta su cumbre. En sus *Diarios de viaje en la Audiencia de Quito*, el científico y viajero berlinés anota que, después de haber pasado



casi un mes en la casa de campo del marqués de Selva Alegre, en Chillo, el 14 de marzo de 1802 partió, en compañía de Carlos Montúfar, Francisco Aguirre y Juan José Matheu Herrera, octavo marqués de Maenza, hacia el pueblo de Píntag, para ascender hasta el Antisana. La mañana del 15 de marzo era de un frío cruel y agujas de hielo (“papacara”) caían sobre sus rostros. A pesar de ello iniciaron el ascenso a la montaña. “Es un macizo montañoso inmenso – escribe Humboldt- que forma, hacia su cumbre, una gran llanura de la cual se eleva la cima o parte nevada como una montaña separada. En mi plano de la provincia de los Quijos y en el mapa topográfico del mismo volcán Antisana se ve esta configuración” (Humboldt, 2005: 121). Después de observar detenidamente el enorme flujo de lava petrificada que cubre la quebrada Guapal y de visitar la laguna de Mica se encaminaron hacia la “casa” del Antisana y, desde lo alto, observaron las antiguas aguas de la planicie y entre ellas el lago al pie de las rocas del Chusalongo. A continuación anota en sus Diarios: “Nosotros pasamos tres días en estas llanuras donde el frío y el clima son insoportables”. (Humboldt, 2005: 126-127).

Durante dos noches se hospedaron en la casa del Antisana, propiedad de don Joaquín Sánchez de Orellana (hermano del marqués de Villaorellana y vizconde de Antisana). “Esta casa en la que vivimos es sin duda el lugar habitado más alto del mundo. Asimismo no hay más que unas ocho personas que se mantienen allí. Los mayordomos viven en Pinantura, 700 toesas más abajo, y encuentran el aire del Antisana tan detestable que no van allá por más de 3-4 días. La primera noche que pasamos por estas llanuras fue atroz. Los señores Aguirre nos trataron como a reyes en su vivienda en Píntag. [...] Pero ¡ay! En el Antisana, no llegaron los indios con la comida y las camas. Nos quedamos cerca de 24 horas sin alimento, [...] no hubo velas, llenamos las pequeñas habitaciones con el humo de la paja encendida que nos servía de iluminación para preparar nuestra cama. Nos acostamos sobre la paja. [...] Habíamos cometido la estupidez de acercarnos a un bracero para secarnos. Esto nos dio a unos dolores de estómago, a otros dolores de garganta y de pecho. [...] Yo estaba acostado en la misma cama que Carlos Montúfar. [...] El pobre muchacho tuvo dolores de estómago, de pecho, cólicos... [...] Varias veces ofrecí levantarme para hacer calentar agua para mi amigo. [...] Finalmente me levanté hacia la 1 h. y la primera cosa con que me tropecé fue con nuestro ‘almofrez’. Los pícaros mestizos habían prohibido a los indios de despertarnos. [...] Nos levantamos todos. Hicimos nuestras camas. Carlos se recuperó gracias a los paños que se calentaron al fuego para calentar su pecho con ellos. [...] También llegó la comida. Desayunamos bien e iniciamos



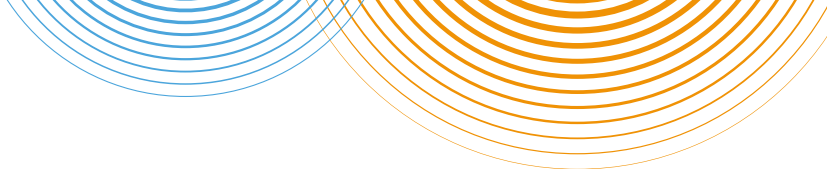
nuestras operaciones, tanto para la medición geodésica como para la subida al volcán” (Humboldt, 2005: 128).

Las anotaciones de Humboldt sobre el intento de ascender al Antisana son de interés. El científico prusiano prosigue en sus Diarios: “El tiempo (el 16 de marzo de 1802) no era tal como para hacernos esperar que en este volcán pudiéramos alcanzar nuestra meta de subir más alto que los hombres lo han hecho hasta ahora. Salimos hacia las 8 horas. [...] Nos encaminamos hacia los ‘llanos’ de Santa Lucía al norte de la vivienda del Antisana. [...] Llegados frente al Chusalongo tomamos la ruta hacia el oriente hacia la cima del volcán. Después de haber atravesado la llanura, comenzamos a subir una colina sobre la cual había caído nieve durante la noche. Fue un momento atroz. Las agujas de hielo, el frío, el viento, todo aumentaba. [...] Los indios nos condujeron [...] a una especie de caverna formada por varias enormes masas de roca que el volcán ha esculpido. [...] El sol ahuyentaba todos los vapores, y una vez el velo levantado, la cima del volcán, al pie del cual estaba la caverna, apareció en toda su belleza. Esta cima es un gran hemisferio que está unido por un lomo o una estrecha cresta a una segunda cima, menos elevada y más meridional. [...] Esta cima meridional es un cono truncado cuya parte superior es dentada y que se parece, visto desde la vivienda del Antisana, [...] a la ruina de un antiguo castillo” (Humboldt, 2005: 129).

Después de disfrutar de la vista del volcán se encaminaron los expedicionarios por la superficie nevada. “Estábamos por encima de la nieve perpetua –prosigue Humboldt– más alto que ningún mortal había estado antes de nosotros, y en total lo que nos incomodaba no era el frío sino más bien el exceso de luz. [...] Un talud de nieve muy escarpado nos impidió aventurarnos más arriba. [...] Habíamos, por lo tanto, subido a 2.334 toesas [5.546 m.] de altura sobre el nivel de los mares de Europa” (Humboldt, 2005: 133). Después de permanecer unos 20 minutos a esa altura, los expedicionarios retornaron a la gruta y, hacia las cuatro horas regresaron a la hacienda, donde acabaron la medición geométrica al día siguiente, 17 de marzo (Humboldt, 2005: 135).

“Uno de los sitios más curiosos...”

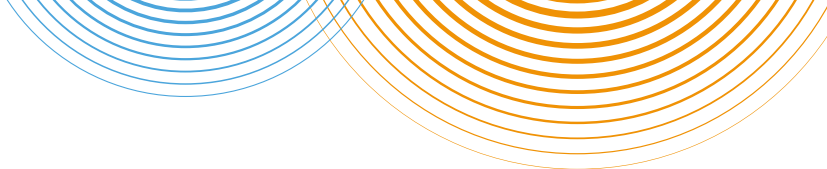
Casi tres décadas después, Jean-Baptiste Boussingault ascendió a los páramos del Antisana. En sus *Memories* (1892), el científico francés explica: “Uno de los sitios más curiosos de la ramificación oriental que limita el valle de Quito es la hacienda de Antisana, situada al pie de una montaña considerada como un antiguo volcán. El Antisana se halla a 5 leguas al sur del Ecuador y



para llegar se pasa por Piñantura” (Boussingault, 1994, cap. XXIII). Efectivamente, el 5 de agosto de 1831 salió Boussingault de Quito hacia el valle de los Chillos y, a las 4 de la tarde, arribó a la hacienda Pinantura. Su descripción del edificio es interesante: “es un viejo castillo, un patio rodeado de pilares de los cuales colgaban cabezas de ciervos, dantas y leones, en una palabra, una de esas construcciones que los conquistadores levantaban para defenderse de los ataques. Piñantura tiene pequeñas ventanas y en el exterior hay torrecillas para dispararle al enemigo; en el interior balcones de estilo morisco sobre los que se abren las habitaciones. La familia de los Valdivieso había reunido allí libros en su mayoría teológicos; también se encontraban vestidos y fue allí en donde vi capuchones con velos que usan las señoras en sus esporádicas excursiones a las nieves que, a pesar de haber caído en terrenos con alturas inferiores al nivel de la congelación, permanecen sobre el suelo” (Boussingault, 1994, cap. XXIII).

El propietario, entonces, de Pinantura y de las haciendas adjuntas (El Isco o Lysco y Antisana) era un miembro de la familia Valdivieso. Al respecto, aclara la historiadora Christiana Borchart de Moreno: “Resulta sorprendente que la historiografía existente no haya reparado que los dos abogados lojanos, Agustín y Mariano Guillermo Valdivieso, convertidos en importantes terratenientes quiteños hacia 1800, eran los yernos de Joaquín Sánchez de Orellana, hermano menor del segundo marqués de Villa Orellana; además, por su origen estaban vinculados a la extracción y comercio de la cascarilla” (Borchart de Moreno, 2011: 129). Como también su hermano, el marqués Jacinto Sánchez de Orellana y Chiriboga, Joaquín estuvo involucrado en las luchas de la Independencia como jefe militar de los patriotas, por lo que, en enero de 1813, se presentó en Latacunga, entre los sentenciados por Toribio Montes. “A pesar de formar parte de los que debían sufrir el encarcelamiento y el embargo de sus bienes, se le abrió una causa judicial que terminó con el indulto a cambio de pagar 15.000 pesos, rebajados luego a 5.000” (Borchart de Moreno, 2013: 522).

Joaquín Sánchez de Orellana y Chiriboga, el propietario de Pinantura y haciendas adyacentes cuando Humboldt exploró el Antisana, estuvo casado, en primeras nupcias, con Isabel Román y Sánchez de Orellana. Falleció en 1822 (Moreno Egas, 1988: 128). De su primer matrimonio fueron sus hijas: Antonia y Josefa Sánchez de Orellana y Román. Antonia se casó con Mariano Guillermo Valdivieso Román, mientras Josefa lo hizo con José Agustín Valdivieso Román. (Cfr. Borchart de Moreno, 2013: 522, 526). José Agustín falleció en 1806 (Moreno Egas, 1988: 138). La esposa de Mariano Guillermo Valdivieso Román fue Antonia



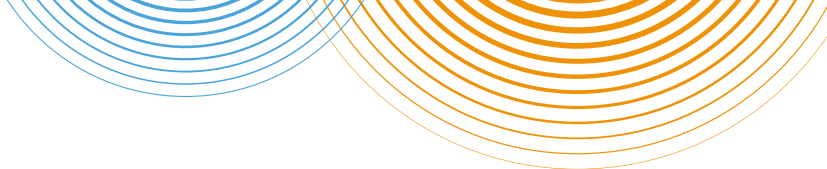
Sánchez de Orellana y Román, padres de María Josefa Mercedes Teresa, bautizada el 24 de septiembre de 1801 (Moreno Egas, 1984: 170).

En su artículo “Palo y zanahoria. La política de Toribio Montes, presidente de la Audiencia de Quito”, Christiana Borchart de Moreno ofrece valiosos datos sobre las medidas de pacificación aplicadas por Montes. Entre ellas, el 26 de agosto de 1813, “ordenó que se iniciara la formación de los ayuntamientos constitucionales según la Constitución de Cádiz, procedimiento para el cual nombró a los 32 comisionados, [...] entre ellos José Sánchez de Orellana [...] y personas tan conocidas como Mariano Guillermo Valdivieso, el vicepresidente y, posiblemente por corto tiempo, presidente de la segunda junta, y el hijo mayor del Marqués de Selva Alegre” (Borchart de Moreno, 2013: 528).

Conjuntamente con su hermano José Félix Valdivieso, Mariano Guillermo habría propuesto el nombre de “La Atahualpía” al Estado que en 1830 se denominó Ecuador (Salvador Lara, 1994: 360). José Félix Valdivieso, ex-ministro del presidente Juan José Flores, en julio de 1834 fue proclamado por los comprometidos anti-floreanos “Jefe Supremo”. Bajo el gobierno interino de Vicente Rocafuerte, el ejército del Jefe Supremo José Félix Valdivieso, acaudillado por el general Isidoro Barriga, esposo de Mariana de Carcelén y Larrea, viuda de Sucre (Moreno Egas, 1983: 276 y 301), fue derrotado en Miñarica por el ejército comandado por el general Juan José Flores, el 18 de enero de 1835 (Cevallos, s.d. tom. VI, pp. 13-15).

La descripción de la casa de hacienda Pinantura como “una de esas construcciones que los conquistadores levantaban para defenderse de los ataques” de los indios (Boussingault, 1994, cap. XXIII), no tiene fundamento alguno. Más bien sería un interesante ejemplo del uso de las haciendas y otras propiedades rurales como refugio defensivo para políticos ecuatorianos, en un período de mucha inestabilidad y sangrientas guerras civiles, lo que se podría comprobar con los sucesos biográficos de miembros de la familia Valdivieso.

El día 6 de agosto salieron Boussingault y sus acompañantes de la casa de Pinantura y pronto llegaron a la hacienda Lysco, cuyo molino habría sido destruido por la acumulación de piedras que salieron del volcán Antisana. “A las tres llegamos a la finca de Antisana –escribe el viajero francés–, que se asegura es la habitación más alta del mundo: son dos cabañas, se puede decir aéreas, construidas al borde de un río. El frío que se siente y el aspecto aburrido de los que allí viven, tiene algo de glacial; la nieve caía abundantemente. En varios lugares se ven bloques de traquita y muy cerca



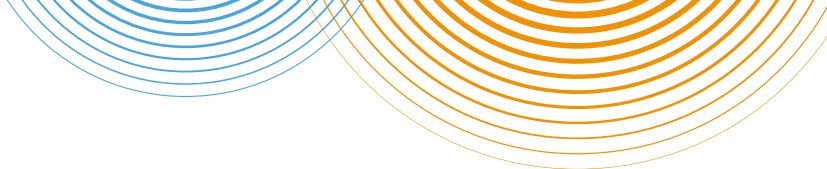
de la habitación existe una masa de esta roca que forma una cavidad parecida a una boca, de manera que se le da el nombre del volcán, sin duda debido a la apariencia de escoria" (Boussingault, 1994, cap. XXIII). A propósito de la afirmación de Boussingault sobre la existencia, en 1831, de "dos cabañas", es necesario relacionarla con las observaciones de la expedición científica española, liderada por Jiménez de la Espada, que tuvo lugar a finales de 1864 e inicios del siguiente año.

"Una casa en ruinas construida con piedras y cubierta de paja"

A finales de diciembre de 1864 llegaron al Antisana los miembros de la "Expedición Científica Española del Pacífico" (1862-1866), dirigida por Marcos Jiménez de la Espada y compuesta además por Francisco de Paula Martínez, Manuel Almagro y Juan Isern. Según Jiménez de la Espada, en su obra *El Gran Viaje*, el 28 de diciembre salieron de Quito Valdivieso y familia, propietarios de Pinantura y de las haciendas aledañas al Antisana. Los expedicionarios españoles les siguieron por el valle de Chillo y el 29 de diciembre llegaron a "Pianbura [sic], hermosa hacienda con su corredor que da sobre el valle de Chillo y tiene en frente al Pichincha" (Jiménez de la Espada et al. 1998: 61). La visión de Francisco de Paula Martínez es diferente: "Llegamos a Pimambura [sic], en cuya antigua y descuidada hacienda nos alojamos para descansar y subir después al Antisana. Lo sucio y antiguo de los muebles, los extensos patios, sin dejar de notar el aspecto de venta, me impresionaron tristemente" (en: Jiménez de la Espada et al. 1998: 62).

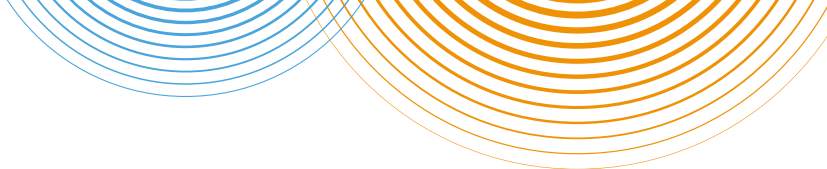
Con fecha el 30 de diciembre, prosigue Martínez: "Cerca de la laguna de La Seca descansamos, pues no llovía, y no tardamos en llegar a la hacienda del Lisco (3.549 metros), que estaba cerrada y sólo sirve de habitación a los que cada quince días hacen el recuento del ganado (rodeo). La lluvia era fuerte, y con mil percances [...] llegamos atravesando páramos inmensos al tambo del Antisana (4.589). En un miserable rancho vivía el peón que cuida la casa (huasicama) al lado, y subiendo por una escalera hay una miserable habitación dispuesta detrás de un corredor con barandilla de madera a cuya extremidad está la capilla; en frente, y pegada a la misma sirviendo de corredor, hay dos corrales hechos con piedras hacinadas. Más pegado a la hermosa montaña de Antisana se ve una casa en ruinas construida con piedras y cubierta de paja en donde vivía el mozo que cuida el monte (urcucama)" (en: Jiménez de la Espada et al. 1998: 64).

Al día siguiente, 31 de diciembre, Martínez anota: "Al levantarme vi que la habitación no tenía más luz que la que daba una miserable ventana de pie en



cuadro. En ella había dos camastros de paja de páramo y un fogón destruido”. Ese día y el 1 de enero Martínez se dedicó a la recolección de plantas e insectos. En su diario añade: “Espada dice que subió ese día [01.01.1865] hasta la cumbre de este nevado monte. Este tiene dos eminencias, una redonda, otra como hendida que parece haber sido el cráter del volcán (Hatuncorralcuchu), a ésta no se puede subir pero sí a la otra” (en: Jiménez de la Espada et al. 1998: 65). Son escasas las observaciones escritas por Jiménez de la Espada sobre el tambo del Antisana y, particularmente, sobre el supuesto ascenso hasta la cumbre de la montaña. No obstante, el “Diario” de Jiménez de la Espada incluye varios dibujos de gran importancia que, posteriormente (1926), han sido reelaborados por Barreiros. Tres ilustraciones representan el “Tambo moderno”, lugar donde se hospedaron los españoles durante su reconocimiento científico del Antisana. La “Fachada anterior del Tambo moderno”, orientada hacia el Sur, y donde se hospedaron los españoles, muestra una edificación de dos pisos, construida con piedras sin labrar, con un pasamano de madera que bordea un pequeño corredor central, levantado sobre cuatro pilares y que descansa sobre los muros laterales. A su lado derecho, abajo y adosada a la construcción está la cocina que, según Martínez, sería la habitación del huasicama. Toda la edificación está techada con paja del páramo. Delante de la fachada anterior (orientada hacia el Sur) del Tambo moderno se observa un muro de piedras que bordea el corral de media cuadra de extensión, el que se ubica al Sur de la edificación (en: Jiménez de la Espada et al. 1998: 63). Todavía en el año 2022 se pudo observar la parte baja de los muros del corral, lugar donde, entonces, pacían algunos venados.

Además del corredor, según el “exterior y planta del Tambo de Antisana, dibujado por Jiménez de la Espada”, hay una sala “dormitorio”, con un sofá, y una pequeña alcoba con dos camas, separada parcialmente por una pequeña pared, quizás de bahareque (en: Jiménez de la Espada et al. 1998: 57). También la ilustración de la “Fachada posterior del Tambo moderno”, orientada hacia el Norte, muestra un cobertizo sobre el suelo; a su derecha una puerta se abre en el muro de piedra, y al otro lado está una ventana que muestra un dintel de madera (en: Jiménez de la Espada et al. 1998: 64). Entre las ilustraciones de Jiménez de la Espada, es de gran interés observar la que se refiere al “Tambo antiguo del Antisana” (en: Jiménez de la Espada et al.: 1998: 63). El dibujo muestra, desde el Sur, una cabaña construida con muros de piedra sin labrar y cubierta de paja. Al lado meridional una puerta permite el ingreso a su interior, y en el lado occidental está adosada una pequeña choza



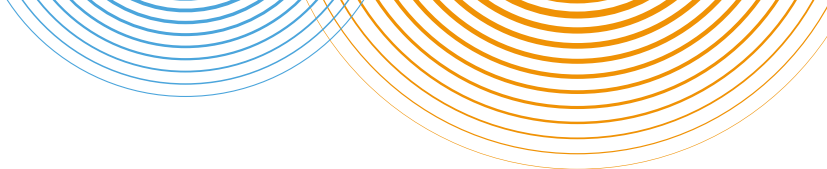
con una ventana que, probablemente, permite la salida del humo de la cocina. Toda la construcción, verdadera “casa en ruinas”, está cubierta con paja. No se señala la existencia de un corral adjunto. En ella, según Martínez, vivía el “urcucama” o mozo que cuida el monte, y estaba “más pegada a la hermosa montaña Antisana” (en: Jiménez de la Espada et al. 1998: 64).

Con posterioridad a la visita de Boussingault (1831), quien señala la existencia de “dos cabañas”, quizás una de ellas se convirtió en el llamado por Jiménez de la Espada “Tambo moderno”: una edificación que incluía un piso alto y a la que se anexionaba el corral. Desde el piso alto se podía asistir al espectáculo del rodeo. Estos detalles demuestran que el “Tambo moderno”, en 1865, estaba situado en la margen derecha del riachuelo, donde existe suficiente terreno plano para instalar un corral. Por su parte, el “Tambo antiguo” estaba construido en la margen izquierda del arroyo y, por lo tanto, “más pegado” al Antisana. ¿Fue éste “el lugar habitado más alto del mundo”, donde pernoctó Alexander von Humboldt? Es lo más probable.

Según el diario de Martínez, el 4 de enero retornaron a Pinantura, desde donde, al día siguiente, subieron nuevamente el tambo del Antisana, con el objeto de cazar algún venado, lo que no pudieron conseguir. Regresaron a Pinantura, “desde cuyas cercanías se ve la hermosa quebrada de Lisco y el notable río de piedras que se destaca también en ellas” (en: Jiménez de la Espada et al. 1998: 67). Por su parte, el 7 de enero de 1865, Jiménez de la Espada anota en su diario detalles de la expedición a Lisco y Muerte-Pungo, desde Pinantura. “A las nueve llegamos a la hacienda de Lisco. [...] La hacienda se halla deshabitada, excepto en los rodeos o cuando ocupa un cuarto el chichucama o guarda del ganado preñado. [...] Nos detuvimos a tomar leche en Antisanilla, pequeña casa a la vera misma del torrente de piedras de la parte alta. [...] Existe entre la gente de estos páramos y hacienda la tradición de este fenómeno. Dicen [...] que la erupción fue una corriente de lodo y piedras acompañada de grandes ruidos y del hundimiento del cráter hasta el nivel que hoy tiene, inferior al de los cerros que limitan la cuenca por donde se extendió ” (en: Jiménez de la Espada et al. 1998: 67-71).

El Antisana: lado sudoeste. Casa del Urcucama

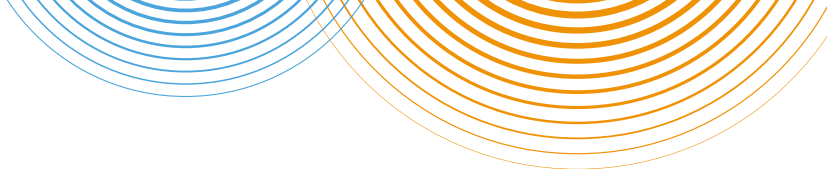
En marzo de 1870 los naturalistas y vulcanólogos alemanes Wilhelm Reiss y Alphons Stübel iniciaron su visita al Ecuador, la que se convirtió para Stübel en casi cuatro años de investigación. Esta nación ecuatorial, gobernada entonces por Gabriel García Moreno, ofrecía a los naturalistas relativa paz para sus largas caminatas por las montañas, y la apetecida seguridad para el



transporte de su menaje y de los pesados y delicados instrumentos científicos. Como es patente en su obra: *Las montañas volcánicas del Ecuador*, es inútil pensar que dos científicos, seguidores de Humboldt, desaprovecharan la oportunidad de recorrer libremente los Andes ecuatoriales: verdadero paraíso geológico y vulcanológico (Egred, 2004: 15-20).

Ya que, según Reiss, “la belleza de los escenarios naturales no es posible describirla con palabras”, ambos científicos buscaron acumular un material visual extraordinario. Aunque Stübel era un extraordinario dibujante, su exigencia estético-científica necesitaba el color en las reproducciones; por esta razón, en 1871, contrató al retratista Rafael Troya, a quien le enseñó a pintar paisajes panorámicos, en base a sus propios dibujos, realizados en el mismo lugar de observación geográfica. De esta manera se llegó a completar una colección de más de 80 óleos, en los que se representaban los volcanes principales, el páramo y las selvas tropicales. Finalizado el proyecto, Stübel abandonó el Ecuador; Rafael Troya, sin embargo, continuó haciendo versiones de algunos de los paisajes. Una vez en Alemania, la obra de Troya pasó a formar parte del “Museum für Völkerkunde” (Museo Etnográfico) de Leipzig. Como otras colecciones, la obra de Troya depositada en Leipzig desapareció a consecuencia de la II Guerra Mundial. Se desconoce su estado o paradero; solamente se conocen cinco óleos de Troya en el “Reiss Museum” de Mannheim, los que quizás fueron llevados a Alemania por Wilhelm Reiss (Kennedy Troya, 2004: 21-38).

Varias fueron las pinturas del Antisana. Por el momento, es de interés el dibujo señalado como “Pintura 51. El Antisana visto desde el lado suroccidental.” (Stübel, 2004: 179-184). Como punto de observación se señala el “Páramo del Antisana a 4100 m.” de altura. En el dibujo diseñado por el autor se destaca el flujo de lava Guagra-ialina desde su origen a 4670 m. de altitud hasta el final del flujo a 4070 m., por lo que “ha recorrido un camino de 5 a 6 kilómetros y ahí ha represado, formando una alta loma. La base de esta loma está rodeada y cubierta por una verde llanura en que se asientan las casas de la hacienda” situadas a la derecha del arroyo y en la cabecera del corral. “El cortijo ladeado de un muro y el corral [...] sirven para recoger la totalidad del ganado vacuno, a fin de contarlos, marcarlos, separarlos para la venta, etc. Sólo una vez al año tiene lugar la revisión de este tipo, y es el rodeo general que reúne a todo el ganado de la hacienda.” También se tiene la costumbre “de hacer, cada mes y cada semana, inspecciones más reducidas [...] tarea que realiza el urcucama (guardián de monte) con sus ayudantes, los peones.” Incluso, “es parte de las obligaciones diarias del urcucama, recorrer una



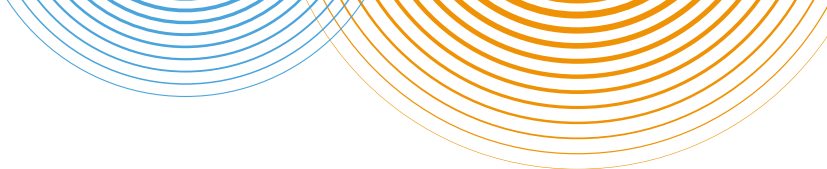
sección del páramo haciendo la inspección [...] a riesgo de extraviarse bajo la densa niebla.” (Stübel, 2004: 182 y 184).

Además de la “casa del Hato del Antisana” (4075 m.) construida de piedras y cubierta con la hierba *ishu*, y que se distingue de las chozas indígenas por el piso elevado, en el detallado bosquejo Stübel señala la “Casa del Urcucama” (Stübel, 2004: 181) situada a la izquierda del arroyo y al pie del flujo de lava Guagra-ialina. Coincide su ubicación con la del “Tambo antiguo” que, según Jiménez de la Espada, en 1865, se encuentra “más pegado al Antisana”. En la ilustración de Stübel se puede observar al urcucama que regresa a pie, tirando de la cuerda a su caballo y acompañado por cuatro perros. Sobre la silla cuelgan las patas de una res quizás víctima de un accidente. A este propósito, el científico alemán imagina una escena típica de la vida en el páramo, la que vale la pena conocerla. “Por el vuelo circular de los numerosos cóndores sobre algún sector alejado del páramo, se le ha revelado al atento guardián [...] el sitio en donde se ha despeñado el animal o en donde ha muerto víctima de enfermedad. A todo galope se ha dado prisa en disputar, para su propio sustento, al menos una parte de la carne, a los voraces cóndores y a la jauría de sus perros de caza. [...] El hombre ha tenido éxito en seguir a los hambrientos galgos, que continúan ansiosos del botín que les ha arrebatado” (Stübel, 2004: 184).

“Una casa de techo pajizo”

Conjuntamente con los alpinistas italianos y guías profesionales, Juan Antonio Carrel y su primo Luis Carrel, el 9 de diciembre de 1879 desembarcó en Guayaquil el explorador, investigador y artista inglés Edward Whymper. Con la ayuda de la misión diplomático-comercial de Gran Bretaña, Whymper planificó su viaje hacia los “majestuosos Andes del Ecuador”. Después de coronar el Chimborazo y el Cotopaxi, el 4 de marzo de 1880, Whymper y los primos Carrel se dirigieron desde Quito hacia el Antisana. En su obra *Viajes a través de los majestuosos Andes del Ecuador*, Edward Whymper titula el “Capítulo X. Ascensión al Antisana” e incluye en una lámina: “La Hacienda del Antisana” (Whymper, 1994: 185): ilustración parcial que confirma la que Jiménez de la Espada denomina “Tambo moderno”.

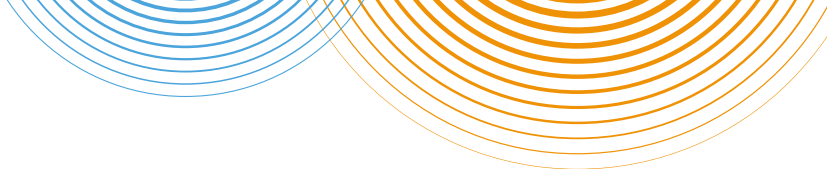
Después de algunos rodeos por el camino y antes de llegar a la hacienda Pinantura, Whymper se sorprendió al “ver aproximarse un hombre barbado, muy circunspecto y que montaba una hermosa cabalgadura; por sus vestidos, tanto como por su porte, no era, con toda evidencia, un viajero cualquiera. Paró su caballo y apenas hubo tiempo de admirar a este



distinguido personaje cuando apareció otro jinete en el recodo más lejano del camino y después otros y otros, viniendo de dos en dos o de tres en tres, hasta el número de unos treinta o algo más. [...] Iban alegres y joviales, ataviados con sombreros de diversos colores, metidas las piernas en peludas pieles, montados todos en buenos caballos y jineteando como si hubieran nacido sobre la silla de montar” (Whymper, 1994: 187). Prosigue Edward Whymper: “Hasta que toda la partida hubo pasado no me enteré de que habíamos encontrado al señor Rebolledo, dueño de las haciendas de Antisana, de Pinantura, de Antisanilla, de toda la región de los contornos y otras grandes propiedades. [...] Venían, cuando nos encontramos, de un gran rodeo de ganado. [...] Yo no sé cómo el señor Rebolledo tuvo conocimiento de que no teníamos queso, y nos envió una buena cantidad. Todos los días venía un mensajero a la hacienda de Antisana para enterarse de nuestras necesidades. [...] Cuando estuvimos mejor relacionados le pregunté ¿Por qué me colma Ud. de tantas atenciones? Y la única respuesta que recibí fue: Porque privé a Ud. de la primera.” (Whymper, 1994: 188).

Es interesante conocer que Rafael Federico Calisto Rebolledo fue hijo de don Francisco Rebolledo y de doña Antonia Velasco, vecinos de la Catedral de Quito, y fue bautizado el 15 de octubre de 1830 (Moreno Egas, 1984: 145). Cuando Rafael Rebolledo conoció a Whymper debe haber frisado los cincuenta años. Según Fabián Corral, en 1879 se dividieron los bienes de José Valdivieso Sánchez de Orellana, casado con Rosa Carcelén (hermana de Mariana Carcelén, la viuda de Sucre); recibió las mencionadas haciendas su hija Mariana Valdivieso Sánchez de Orellana y Carcelén, quien estaba casada con Rafael Rebolledo (Corral, 1996: 102).

“En la mañana del 6 de marzo –prosigue Whymper– nos dirigimos a la hacienda de Antisana conducidos por uno de los hombres del señor Rebolledo. [...] La hacienda tenía una casa de techo pajizo que ocupaba un lado de un gran corral para el encierro del ganado; se me dijo que esta casa había permanecido en el mismo estado desde la visita de Humboldt. Nos alojamos en el segundo piso y desde su pequeño corredor nos pusimos en asecho, esperando la aparición del Antisana que había estado invisible en los últimos días” (Whymper, 1994: 189). De las afirmaciones de Whymper se puede inferir que la “casa de techo pajizo”, en cuyo segundo piso se alojaron los montañistas europeos, era la denominada por Jiménez de la Espada “Tambo moderno”. La opinión de los guías sobre que esta casa había permanecido en el mismo estado “desde la visita de Humboldt” debe ser puesta en duda. De todos modos, conviene citar la afirmación de Whymper de que “La hacienda



de Antisana se cree ser la más alta del Ecuador, y debe su existencia al pasto que crece en los vecinos declives. El ganado encuentra pasturaje suficiente en ellos” (Whymper, 1994: 195).

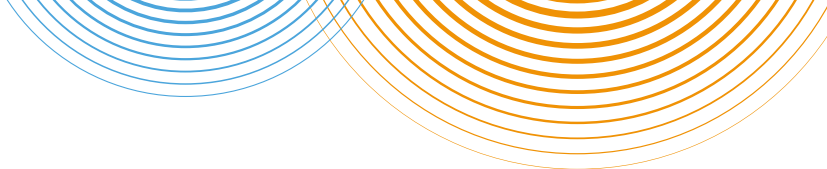
Después de un primer intento, a la madrugada del 10 de marzo salieron los expedicionarios hacia la cumbre, la que coronaron pasadas las diez de la mañana; en la cima permanecieron una hora y cuarenta minutos. Luego de observar los datos del barómetro, los montañistas descendieron hasta el campamento y a las 6.40 p.m. estuvieron de regreso en la hacienda de Antisana. Después de presenciar un intento de cacería de cóndores en Antisanilla y de conocer una factoría de tejidos de algodón, en Chillo, llegaron los montañistas al oscuro Quito, cerca de la medianoche del 13 de marzo de 1880. (Cfr. Whymper, 1994: 190-201).

“La oblonga cabaña de piedra, cubierta de paja, del Hato de Antisana”.

Hans Meyer, geógrafo y naturalista alemán, en julio y agosto de 1903 incursionó los Andes ecuatorianos. En su obra *In den Hoch-Anden von Ecuador* (Berlín, 1907), ofrece al investigador la descripción más completa del “Hato de Antisana”, a la que incorpora una fotografía tomada por Paul Grosser, que muestra detrás de la cabaña de techo pajizo el frente de la corriente de lava “Guagraialina” (Meyer, 1907: Tafel 25; 1993:447).

Según el geógrafo Meyer, para un ascenso e investigación del Antisana hay sólo un centro de operaciones: el “Hato del Antisana”, situado al Suroeste de la montaña. El viaje desde Quito hasta la hacienda Antisana se puede hacer en dos días. “Como en el Hato de Antisana se aloja solamente un par de pastores indios, es necesario proveerse de una carta de recomendación del propietario [...] que vive en Quito. Esta recomendación sirve también para la Hacienda de Pinantura, que pertenece al mismo dueño, donde hay que pernoctar en la primera jornada”. En Quito tuvo Hans Meyer la suerte de encontrar al propietario de las haciendas “en la persona de una anciana dama y conseguir de ella con halagos una recomendación, con la decisiva promesa de pagar al contado aquello que allí reclamase” (Meyer, 1993: 428). Probablemente, esta “anciana dama” era Mariana Valdivieso Carcelén, viuda de Rafael Rebolledo, quien, 23 años antes, colmó de muchas atenciones a Whymper.

El 23 de julio de 1903 partió de Quito Hans Meyer, acompañado de Reschreiter, con una caravana de tres nativos y diez mulas. En Sangolquí encontraron al mayordomo del Hato del Antisana, a quien estaba dirigida la carta de recomendación. Él encargó a su hijo como acompañante y guía, y ofreció “regresar lo más pronto. No volvió de acuerdo ciertamente con el

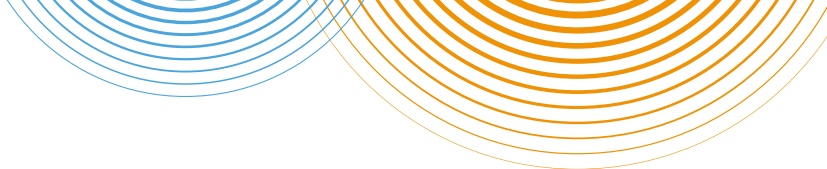


cumplimiento ecuatoriano” (Meyer, 1993: 431). El mismo día llegaron los expedicionarios a la casa de hacienda Pinantura (3.174 m.). “Una vieja vaquera, a la llamada del guía, abrió la puerta atrancada,” asevera Meyer. “Tomamos posesión del llamado cuarto del mayordomo, donde, al lado de los montones de papas y de maíz había una mesa rota y un mueble, que era de presumir que, en otro tiempo, fue un sofá, y en un rincón una especie de cama con un saco de paja. Todo estaba pegajoso de suciedad”. De todos modos, Meyer recuerda que, “cuando la vieja vaquera nos presentó una fuente humeante de magnífico locro olvidamos todas las penalidades. Por lo demás, era la primera vez en mi práctica ecuatoriana, que el locro tenía el sabor de una sólida sopa de patatas alemana” (Meyer, 1993: 437).

Al día siguiente, después de subir junto a la corriente de lava en la quebrada de Guapal, llamada por Humboldt “Volcán de Asango”, llegaron a una pequeña cuenca plana, donde descansaron en medio de un maravilloso macizo de flores culcicios. “Más allá de la hondonada de culcicios, apareció finalmente ante nosotros, en medio de una flotante niebla, la oblonga cabaña de piedra, cubierta de paja, del Hato de Antisana (4.095 m.), a la cual llegamos, pasando por un arroyo de aguas cristalinas, mediada la tarde. Después de que la hacienda primitiva se quemó, hacia el año 90, se aprovecha ahora la choza del Urcu-Cama, situada al lado de una hondonada del suelo que la protege contra el viento. Con sus 4.095 metros de altitud, es una de las habitaciones humanas más elevadas del Ecuador. Como habitantes encontramos tres vaqueros indios, que a la orden de nuestro guía nos hicieron espacio en el cuarto de en medio. Está formada solamente por cuatro muros de piedra al natural, con un techo de paja encima, sin aberturas de ventanas ni respiraderos para el humo” (Meyer, 1993: 450-451).

Sobre la nieve y el hielo del Antisana, el geógrafo especialista en glaciares dedica valiosas observaciones, pero antes añade: “Ahora adelantaremos solamente primero, que la gran proximidad del Hato al límite de la nieve en el Antisana, lo convierte en la comarca de trabajo más cómoda y favorable para los estudios glaciales en el Ecuador. [...] Solo pocos grabados hay del Antisana; casi todos están tomados desde los alrededores del Hato. Los primeros cuadros los hizo pintar A. Stübel por su compañero Troya o los dibujó él mismo; están depositados en el Museo Grassi de Leipzig”. A lo anterior añade esta observación: “El mejor y el más correcto entre ellos es el cuadro pintado por Troya desde el Sur-oeste” (Meyer, 1993: 455).

Interesado en la investigación de los glaciares, Hans Meyer instala su campamento en las rocas superiores del “volcán de Guagra-ialina”, cuya

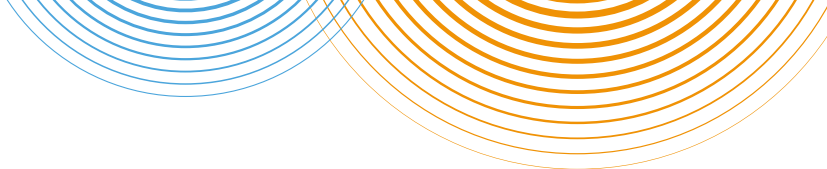


altura es 4.695 m. (Meyer, 1993: 463, 464). Con el objeto de recoger materiales sube hasta los 4.900 m., donde se divide el glaciar y retorna luego al campamento. “En nuestro recorrido por el Ecuador alto –explica Meyer (1993: 476)– en ninguna parte habíamos tenido un campamento tan abrigado del viento como éste”. Durante dos días permanecieron en el campamento Hans Meyer, Reschreiter, Santiago (el guía) y el cholo. Para el retorno al Hato, esperaron a los arrieros, de acuerdo a lo convenido. Ya en el Hato, prosigue Meyer, “ante el fuego chisporreante, el peso y las fatigas del día pronto se olvidaron. Allí pasó la noche sin la aprensión en la respiración y en el corazón, que me habían acometido la noche anterior 600 metros más arriba, y el pulso había vuelto a la normalidad de 78 pulsaciones en vez de las 112” (Meyer, 1993: 482). Al descender hacia Pinantura, cerca del Volcán de Antisanilla, el científico, curioso observador, advierte la presencia de manadas de ganado vacuno receloso, y multitudes de aves llamadas “bandurrias” (*Thersiticus caudatus*), pero pocos cóndores. Recuerda asimismo que “Whymper vio en su tiempo, especialmente, gran número de cóndores en el Antisana, [...] cuando la gran Hacienda estaba situada junto al Hato actual” (Meyer, 1993: 486)

“La tal casa. Exteriormente semeja como todas las chozas viejas...”

El ascensionista y explorador de los Andes ecuatorianos Nicolás G. Martínez Holguín anota en su obra *Ascensiones y exploraciones en los Andes ecuatorianos* que, el 13 de noviembre de 1904, él y varios amigos partieron de Quito rumbo al Antisana. Después de atravesar el valle de Chillo, hacia las 4 de la tarde llegaron a Píntac, donde se detuvieron por más de una hora a causa de una tempestad de rayos y granizo. Más adelante, la quebrada de Guapal era el obstáculo último antes de llegar a la casa de hacienda Pinantura, a donde arribaron pasada las 7 de la noche. La mañana del día 14 fue espléndida y todos pudieron observar la cumbre del Cotopaxi, coronada de un gran penacho de humo negro. Después de un desayuno compuesto de grandes vasos de leche recién ordeñada, a las 8 de la mañana emprendieron, nuevamente, la marcha, por el camino que bordea la enorme corriente de lava del Antisanilla. “Poco más arriba, encontramos el Hato del Isco –escribe Nicolás Martínez– cuya casa abandonada ofrece un aspecto triste y desolado; en las puertas que todavía restan se pueden leer aún los nombres de algunos viajeros célebres, como Reiss y Stübel, etc., nombres que no tardarán en borrarse definitivamente” (Martínez Holguín, 1994: 10).

En el Hato del Isco se dividieron los expedicionarios en tres grupos. Dos de ellos se dedicaron a la cacería y el tercero se dirigió al Hato del Antisana, a donde los andinistas arribaron a las 2 de la tarde y donde plantaron una tienda

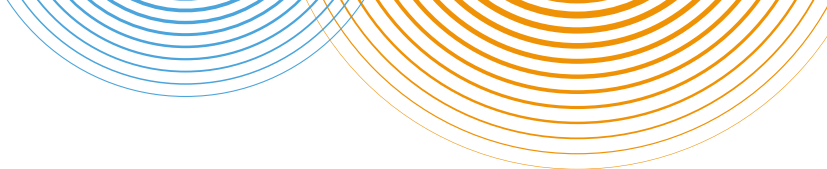


de campaña, delante de la casa. Nicolás Martínez cuenta a un amigo: “¡Una tolda delante de una casa! [...] un poco de paciencia [...] y verá la razón de ese al parecer tamaño absurdo, pues le haré una ligera descripción de la tal casa. Exteriormente semeja, como todas las chozas viejas, una gran roca de forma prolongada y regular; las paredes por dentro y fuera son de piedra bruta sin ningún enlucido y sostienen a pequeña altura la pajiza cubierta; a todo lo largo del costado que mira al sur, se extiende un corredor al que dan las puertas de varios cuartos; uno, que tiene el pomposo nombre de sala y es el mejor de todos, tiene algunos muebles: una mesa cuadrada al centro, varios taburetes de forma tosca y primitiva, un sillón derrengado de antiquísima edición y de baqueta prensada y, por fin, en las esquinas varios lechos –armazones de paja– que por su forma se asemejan a hornos de cocer pan, con un agujero estrecho por toda entrada. Las divisiones de los cuartos son de paja y no hay tumbado ni nada parecido, de modo que el humo de la cocina penetra por todas partes, y hubieron de pasarlo mal quienes prefirieron los hornos de paja de la sala, a la cómoda y abrigada tolda” (Martínez Holguín, 1994: 10).

A la repelente descripción del Hato contrapesa la visión del paisaje. Prosigue Nicolás Martínez: “Delante de la casa se extiende el páramo infinito, plano y de color verde. [...] A lo lejos, se destacan las moles del Cotopaxi y del Sincholhua; el primero con su eterno penacho de humo negro. Dos arroyos cristalinos, el uno que brota bajo de una corriente de lava, y turbio y lechoso el otro, que baja directamente de los ventisqueros del Antisana, se mezclan delante de la casa, formando un solo río. La casa se halla situada en la terminación de la corriente de lava llamada Huagra-Yalina volcán, que le guarda las espaldas. En la misma dirección hacia el Nordeste y a tres cuartos de legua más o menos, el Antisana resplandeciente, agrietado, soberbio, terrible, nos espanta y nos invita a la vez a trepar sobre su gigantesco lomo” (Martínez Holguín, 1994: 10-11).

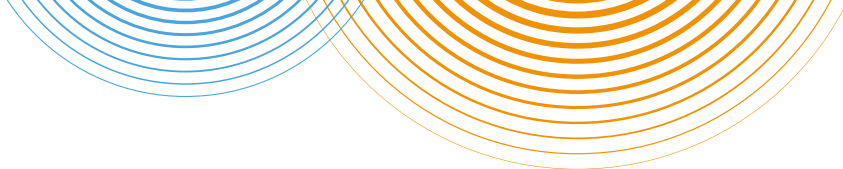
El 15 de noviembre, mientras algunos excursionistas se dedicaban a la cacería, Nicolás en compañía de dos compañeros y un guía exploraron una ruta adecuada para ascender a la montaña. En la gigantesca helera conocida como “Los Crespos” pudieron ver una caverna formada por hielo azul, donde nace el torrente que pasa por delante del Hato. Más al Norte encontraron el lugar deseado para iniciar el ascenso. Conseguido su objeto, los expedicionarios retornaron al Hato después de dar un rodeo por las orillas de la laguna Lucía-Cocha y el pie del cerro Chusalongo.

El día 16, muy por la mañana, se pusieron en camino quienes intentarían escalar hasta la cumbre del nevado. Les acompañaban Calixto Ortiz, antiguo “repuntador” del Hato, Abraham Mosquera, tres indios cargadores y “el famoso



indio Lorenzo Guaigua, tradicional Urcu-Cama de Antisana y cuya edad le calculan en más de 120 años. El indio Guaigua [...] es fuerte y recorre los páramos con la agilidad y resistencia de un joven.” Calixto Ortiz recordaba la ascensión de Whympfer en 1880, y Guaigua afirmaba que, en enero de 1865, vio a Jiménez de la Espada “negriando en la copa del cerro como gallinazo” (Martínez Holguín, 1994: 11-12). En una nota escrita 15 años después (1919), Nicolás Martínez asevera que “Guaigua recuerda la visita que hizo el Barón de Humboldt al Hato de Antisana a principios del siglo XIX, y con más razón, la de Dn. Marcos Jiménez de la Espada en 1860, pero al recordar esta última asegura que ya era hombre maduro y viejo” (Martínez Holguín, 1994: 17). En aseveraciones orales y analfabetas, las cifras de fechas y años no son confiables. No nos queda sino hacer conjeturas. Si en el año 1904 Lorenzo Guaigua tenía una edad alrededor de 100 años, de joven (en 1831) pudo haber conocido a Boussingault y ya hombre maduro, (en enero de 1865), a Jiménez de la Espada. No es posible que haya conocido a Humboldt (1802) y, probablemente, confundió al francés Boussingault con el sabio prusiano.

A las 7 y media de la mañana llegaron los montañistas al lugar desde donde iniciarían la ascensión. Pronto dejaron atrás las morenas y coronaron una pendiente congelada gracias a los escalones que abrieron con el pico. La pendiente aumentaba y hacia el medio día encontraron una profunda grieta, la que pudieron atravesar gracias a un estrecho puente de hielo y llegar hasta unas rocas desnudas de hielo, hasta donde llegó Stübel. En este punto, los indios que aún les acompañaban decidieron no seguir adelante. Nuevamente, a golpes de pico, abrieron escalones en la nieve, pero tres expedicionarios resbalaron y gracias a los bastones herrados que clavaron en el hielo se salvaron todos de una catástrofe. Dos de ellos retrocedieron de esa altura, con lo cual sólo cuatro treparon aquella muralla hasta coronarla. Poco después encontraron un hielo en mejores condiciones y pudieron arribar a la cumbre del Antisana. “La cumbre tiene la forma de un domo regular –escribe Nicolás Martínez- cruzado por algunas grietas; la temperatura es de 4 grados bajo cero y el viento moderado” (Martínez Holguín, 1994: 16). Una nevada obligó a los montañistas a emprender el descenso, después de haber cantado el Himno Nacional y avisado, con la trompeta de caza, a los compañeros de abajo, haber coronado la cima y que iniciaban el retorno. Pasadas las 6 de la tarde arribaron al Hato, donde les esperaba una reconfortante comida. Allí permanecieron dos días, unos dedicados a la cacería y Nicolás Martínez, acompañado de José M. Espinosa, a diversas exploraciones científicas cerca de la laguna La Mica y en el picacho sur del Antisana, hasta la abertura de su



cráter. Al fin, a los 8 días de haber salido de la ciudad, retronaron todos los excursionistas a Quito. (Cfr. Martínez Holguín, 1994: 12-17).

Sobre la exacta ubicación de la “Casa Antisana”, Humboldt no ha dejado en sus “Diarios” testimonio escrito. En su obra póstuma *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*, después de aludir a la llanura arenosa y en parte cubierta de yerbas donde se cría una raza de toros muy valientes, añade: “En medio está situada una pequeña Hacienda, compuesta de una casa aislada, en la cual pasamos cuatro días” (Humboldt, 1875, IV: 283). En la “Carta geológica del nevado de Antisana”, esbozada por Humboldt, se señala con un punto la ubicación de “Antisana” (el Hato de entonces), al final de un flujo de lava denominado “El volcán de la hacienda”. (Cfr. Humboldt, 2005: 119). Un análisis de los testimonios de los científicos que, siguiendo las huellas de Humboldt, visitaron el “Hato del Antisana” demuestra que el denominado por Jiménez de la Espada “Tambo antiguo” y por Stübel “Casa del Urcucama” señala el lugar donde pernoctó Humboldt. La “oblonga cabaña de piedra, cubierta de paja, del Hato del Antisana” fotografiada por Paul Grosser e incluida en la obra de Hans Meyer (Meyer, 1907, Abb. 76), ha sido restaurada con el auspicio de la Embajada de la República Federal de Alemania, con el objeto de destinarla a un museo.

BIBLIOGRAFÍA

ALBORNOZ, Cristóbal de: *Instrucción para descubrir todas las guacas del Pirú y sus camayos y haciendas* [ca. 1583-1584]. Edición de Pierre Duviols. Historia 16 (Crónicas de América, 48), Madrid, 1989, pp. 161-198.

BORCHART DE MORENO, Christiana: "El círculo quiteño de Humboldt y Bonpland". En: Moreno Yáñez, S. (editor): *Humboldt y la emancipación de Hispanoamérica*. EDIPUCE, Quito, 2011, pp. 115-250.

BORCHART DE MORENO, Christiana: "Palo y zanahoria. La política de Toribio Montes, presidente de la Audiencia de Quito". En: *Abascal y la contra-independencia del Perú*. Fondo Editorial PUCP, IFEA, Lima, 2013, pp. 503-534.

BOUSSINGAULT, Jean-Baptiste: *Memorias*. Instituto Colombiano de Cultura, Banco de la República. Bogotá, 1994.

CEVALLOS, Pedro Fermín: *Historia del Ecuador*. Tomos V y VI. Clásicos Ariel, 91 y 92. Quito, s.d.

CORRAL, Fabián: *La Hacienda*. Dinediciones S.A., Quito, 1996.

EGRED, José: "Alphons Stübel en el Ecuador". En: *Las montañas volcánicas del Ecuador. Retrataadas y descritas geológica-topográficamente por Alphons Stübel*. UNESCO, Banco Central del Ecuador, Quito, 2004, pp. 15-20.

GONZÁLEZ HOLGUÍN, Diego: *Vocabulario de la Lengua General de todo el Perú llamada Lengua Qquichua o del Inca*. (Edición facsimilar). Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1989.

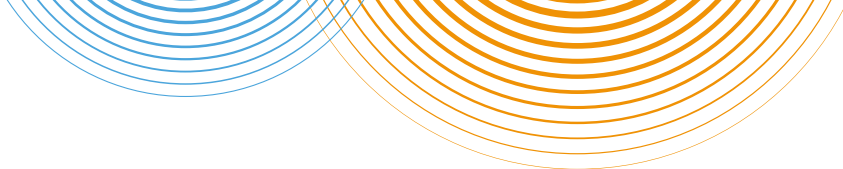
HALL, Minard L.: *El volcanismo en el Ecuador*. IPGH, Sección Nacional del Ecuador. Quito, 1977.

HUMBOLDT, Alexander von: *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. Vertido al castellano por Bernardo Giner y José de Fuentes. Tomo IV. Imprenta de Gaspar y Roig Editores, Madrid, 1875.

HUMBOLDT, Alexander von: *Diarios de viaje en la Audiencia de Quito*. Editados por Segundo E. Moreno Yáñez / Traducidos por Christiana Borchart de Moreno. Occidental Exploration and Production Company. Quito, 2005.

JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos; MARTÍNEZ, Francisco de Paula; ALMAGRO, Manuel; ISERN, Juan: *El Gran Viaje*. Cicame, Ediciones Abya-Yala, Quito, 1998.

KENNEDY TROYA, Alexandra: "Alphons Stübel: Paisajismo e ilustración científica en Ecuador". En: *Las montañas volcánicas del Ecuador. Retrataadas y descritas geológica-topográficamente por Alphons Stübel*. UNESCO, Banco Central del Ecuador, Quito, 2004, pp. 21-38.



MARTÍNEZ HOLGUÍN, Nicolás G.: *Ascensiones y exploraciones en los Andes ecuatorianos*. Pioneros y precursores del Andinismo ecuatoriano, tomo I. Ediciones Abya-Yala, "Nuevos Horizontes", Quito, 1994.

MEYER, Hans: *In den Hoch-Anden von Ecuador*. Dietrich Reimer (Ernst Vohsen), Berlin, 1907.

MEYER, Hans: *En los altos Andes del Ecuador*. Colección Tierra Incógnita, 3. Ediciones Abya-Yala, Quito, 1993.

MORENO EGAS, Jorge: "Resumen alfabético del Tercer Libro de Matrimonios de españoles en la parroquia de El Sagrario de Quito, 1804-1836". En: *Revista Nacional de Investigaciones Genealógicas y Antropológicas*. Nº 5. Quito, 1983, pp. 265-305.

MORENO EGAS, Jorge: *Vecinos de la Catedral de Quito bautizados entre 1801 y 1831*. Offset Ecuador, 1984.

MORENO EGAS, Jorge: *Vecinos de la Catedral de Quito fallecidos entre 1801 y 1831*. Offset Ecuador, Quito, 1988.

MORENO YÁNEZ, Segundo E.: *Religiones aborígenes en Andinoamérica Ecuatorial*. Studia Instituti Anthropos, Academia Verlag, Sankt Augustin, 2018.

MUÑOZ BORRERO, Eduardo: *En el Palacio de Carondelet*. Artes Gráficas Señal, Quito, 1981.

PÉREZ TAMAYO, Aquiles R.: *Quitús y Caras*. Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía. Quito, 1960.

SALVADOR LARA, Jorge: *Breve Historia contemporánea del Ecuador*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

STÜBEL, Alphons: *Las montañas volcánicas del Ecuador. Retratadas y descritas geológica-topográficamente por Alphons Stübel*. UNESCO, Banco Central del Ecuador, Quito, 2004.

WHYMPER, Edward: *Viajes a través de los majestuosos Andes del Ecuador*. Colección Tierra Incógnita, 4. Ediciones Abya-Yala, Quito, 1994.